EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13504

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24
JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 1906

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jones*, 31, Faubourg Montmartre.

Una obra de Dicenta

"Amor de artistas,,

Así se titula la última producción de Joaquín Dicenta, puesta en escena anteayer tarde en Madrid, en el Teatro Español, y estrenada el 9 de Mayo en Sevilla. Tanto en la capital andaluza, como en Madrid, el éxito ha sido brillante.

El asunto de *Amor de artistas*, es el siguiente:

Amelia, es una gran actriz. Y Emilio Rojas un autor admirable. Las relaciones artísticas entre el autor y su intérprete no tardan en convertirse en amorosas; el prestigio de cada cual seduce principalmente al otro. Y aman se libremente y en un principio la vida para ellos es camino de flores; el amor y la gloria les hacen dichosos.

Su felicidad es breve. Rojas, antes de conocer á Amelia, amó á otra mujer, á otra actriz, Teresa, no tan ilustre como Amelia, pero que le adoró con toda el alma. Y Amelia había tenido también antiguas aficiones, y dejó á numerosos pretendientes; uno de ellos, el Duque de Martoria, que muy particularmente se significaba con ella.

En la luna de miel de sus nuevos amores, ni Rojas ni Amelia se preocuparon de todo esto. Pero en el instante en que los disgustos empezaron, acrecentáronse las colas, y desde entonces no hubo un momento de paz.

En el tercer acto los disgustos llegan á su período álgido. Amelia y Rojas, queriéndose, no se pueden sufrir. El la echa en cara que sea cortés con el duque de Martoria; ella censúrale que piense en Teresa... La situación es en extremo tirante. Tienen los dos una borrascosa escena... Y he aquí que, tras ella, preséntase el duque de Martoria, habla con Amelia, dícela que el mundo la juzga dominada... Ella siente que su orgullo de artista se la sube á la cabeza: ¿Dominaría á ella alguien? ¡Jamás! Puede verlo en seguida el duque. Ya sabe que no es persona grata á Emilio; pues bien, invítela á cierta excursión en automóvil que va á realizar con el Conde de Ruévalos, su esposo y otros personajes, y por encima de todo irá... El duque se compromete á volver á buscarla en el automóvil. Y sale, mientras ella se arregla.

Rojas la ve arreglada ya. Al saber el plan de la excursión opónese furiosamente. Chocan los dos caracteres, sin que ninguno ceda; en aquel momento vuelve Martoria á buscar á Amelia; Rojas le insulta, un lance es inevitable.

Y el lance se verifica. Y mientras los duelistas se están batiendo, Teresa va en busca de noticias, desesperada, llena de amor... «Así es como se ama—dice—sin que importen los desaires, buscando al ser amado en los momentos de angustia. Y ese amor no podéis darlo las grandes artistas». Amelia conviene en ello. Reconoce que el amor de ella y Rojas es imaginativo. Y se resuelve á marcharse, pediendo el campo á la otra...

Entonces llega Rojas herido, aunque por fortuna no mortalmente. Amelia le ve; él la arroja de su lado. Y recoge en sus brazos á Teresa... Con Teresa, disfrutará tal vez del verdadero amor, del que es la dicha de la vida.

Amelia quedará sola con sus triunfos. Dos grandes artistas no se pueden amar; la gloria y el amor son en ellos incompatibles.

Tal es, trazado á grandes rasgos, el asunto de la comedia de Dicenta. En la obra, además de los personajes citados, intervienen otros muchos, alguno tan importante como el pintor Antonio, que burla burlando dice las mayores verdades á todo el mundo.

—

El espíritu de la obra percíbese en la siguiente escena del primer acto. En ella pueden apreciarse las brillantes cualidades de escritor que Dicenta posee y de las que hace extraordinario alarde.

ESCENA IX

Amelia (Sra. Guerrero) *y Antonio* (señor Santiago).

AM. El principio de esos amores no necesita usted contarlo.

ANT ¿No?

AM. Lo supongo. Ella le conoció el día de su éxito, de gran éxito. Le vió sobre el escenario aplaudido, ovacionado por el público y...

ANT No, querida Amelia. Cuando Teresa se enamoró de Emilio era éste un desconocido, un pobre luchador... y un luchador pobre...

AM. ¿Qué antes!. *(sorprendida)*.

ANT Antes.

AM. Es raro.

ANT ¡Y tan raro! Mujeres que después del triunfo ciñen el cuerpo del artista con guirnaldas de carne, hay muchas, á montones, iba á decir á puntapiés. Mujeres que, antes del triunfo, comprendan las grandezas y los sentimientos del artista y le abran los brazos, hay muy pocas. Teresa fué una de esas pocas.

AM. ¡Ah! ¿Ella le adivinó?... *(pensativa)*.

ANT Sí, le adivinó, le sostuvo en la lucha, fué su compañera, su amiga.

AM. *(Con cierto despecho)*. ¡Cuánto la elogia usted!

ANT Más merece.

AM. Tiene en usted un gran admirador.

ANT En mí y en todos aquellos que la trataron.

AM. ¿Sí?

ANT El que no la admira la envidia, y la envidia no es, después de todo, más que la admiración enferma.

AM. Y es para admirarla. Por ella y por ser la dueña de un artista tan eminente.

ANT Si Rojas no fuera artista, sería más envidiable la suerte de Teresa.

AM. ¿Por qué?

ANT ¿Y usted me lo pregunta? Porque los artistas somos *francamente* insoportables en la intimidad.

AM. ¡Muchas gracias!

ANT No hay de qué darlas. También me pongo en la cuenta para hacernos justicia en montón.

AM. ¿De modo que los artistas somos incapaces de alegrar la existencia de nadie?

ANT Alegramos la de todos. De ahí que no podamos alegrar la de uno solo.

AM. *(riendo)* ¡Qué exageración!

ANT Ni soy exagerado, ni me gusta sermonear; mucho menos cuando me hallo junto á una mujer guapa; pero celoso, en lo firme.

AM. Vaya, hombre, ¡que no!

ANT Vaya, mujer, ¡que sí... Alma, corazón, entendimiento, voluntad, cuanto vale en nosotros algo, se lo entregamos al público, al señor *Todos*. De él y para él vivimos. Para él, para ese señor *Todos*, falto de cédula personal é indeterminado de sexo, son las grandezas, las sublimidades, las exquisiteces de nuestro pobre ser. ¡Pobre del amante con cédula y adminículos que ase cerque á nosotros! Recogerá nuestras miserias y nuestros egoísmos y nuestras ruindades. ¡Pobre de él... Más pobre si pretende ser el primero en nuestro amor. Menos pobre, pero pobre siempre, si se conforma con los desperdicios del otro, el señor *Todos*.

AM. ¡Antonio, por Dios!

ANT. No hay Dios que valga; y en lo que digo no hay censura tampoco, hay pena. La que siento yo de mí mismo, viéndome imposibilitado de ser dichoso á quien me ame sinceramente. Y basta de filosofías y de tristezas. La filosofía es empachosa; la tristeza cursi.

AM. Y usted loco.

ANT ¿Yo?...

AM. A nadie más que á un loco se le puede ocurrir que los artistas, superiores al vulgo en corazón y en inteligencia, son incapaces de ser felices en amor y de hacer felices á quien les ame.

ANT ¿Felices?... ¿Lo fué usted con alguno?

AM. No *(como rectificando)* Todavía no.

ANT Y usted, ¿ha hecho á alguno feliz? *(Amelia, luego de mirar á Antonio, baja la cabeza sin responder.)*

ANT Ese silencio es una respuesta.

AM. O una requisa.

ANT De la cual sacará usted las más dolorosas consecuencias. Los artistas somos, como ciertas desgraciadas mujeres...

AM. ¡No hable usted así... Yo he soñado, soñaré siempre hasta mi última hora... de juventud, con un amor grande, completo, capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios; amor en que los amantes no se regateen nada, ni el alma, ni el cuerpo, ni los labios, ni el corazón; un amor... El amor ¡es! El amor tal como lo imagina esta personita que usted cree loca y sólo es una extraviada que anda y anda buscando un nido que la fabricaron, no sé dónde, y en el cual la espera, no sé quién.

ANT ¡Y tan loca como está usted!

AM. ¿Eh?

ANT Los artistas tropezamos algunas veces con seres que por nuestro amor nos lo sacrifican todo y nos lo sufren todo, ¡todo!, como si en lugar de amantes fuésemos hijos suyos; hijos pequeñitos, criaturas enfermas, á los cuales no se abandonan hagan lo que hagan, porque necesitan apoyo y porque sin ellos no se puede vivir.

AM. Antonio!.

ANT Sí, los artistas tropezamos con esos seres algunas veces: ¿eh?; los mártires no abundan, pero, en fin, existen. Dentro de poco hablará usted con uno.

AM. Teresa.

ANT Mártir voluntaria de Emilio Rojas, artista eminente y calamidad eminente también.

AM. Mal trata usted á su mejor amigo.

ANT ¡Yo!... Como á hermano le quiero. Hablo de él lo mismo que hablaría de usted, de mí propio. Todos estamos cortados por un patrón. Todos somos en la vida íntima unas calamidades.

AM. ¡Vuelta!...

ANT Pero, hija, ¡si es verdad! Los más grandes arrebatos y sacrificios son pocos cuando se trata del objeto amado, decía usted hace unos minutos.

AM. ¿Decía mal?

ANT Decía usted admirablemente, así es el verdadero amor.

AM. ¡Entonces!...

ANT No niego que defina bien el amor. Sólo que de definirlo á sentirlo...

AM. ¿Qué?

ANT Vamos á cuentas, con su definición. Dejo á una parte los delirios. ¿Sacrificaría usted por nadie su orgullo de actriz? ¿Su vanidad de comediante? ¿Sus extravagancias é independencias de criatura excepcional que á nadie necesita y, por consiguiente, no se sujeta á nadie? ¿Dejaría usted de vivir en exhibición permanente por evitar á su amante disgustos? ¿Inmolaría usted en obsequio suyo un éxito en el mundo, un aplauso en la cadena?

AM. ¡Antonio...

ANT No y cien veces no. Acaso cree usted ahora de buena fe que lo haría. Pero cuando llegara el instante, ¡adiós sacrificio! No lo haría usted. ¿Por ruindad? De ninguna manera. Porque es artista; y á los artistas nos tocó nacer de este modo; porque así para vivir del público y con el público y en público, nos ha hecho interior y exteriormente la santa madre Naturaleza.

AM. *(riendo.)* ¿También exteriormente?

ANT ¿Qué duda hay? *(Coge á Amelia por una mano y obligándola á levantar la lleva ante un espejo.)* Fíjese usted en usted propia. Usted no es bonita; es hermosa, francamente decorativa, como todo el arrogante esplendor de sus líneas. Poniendo debajo el pedestal estaría completa la estatua. Su voz es vibrante, despótica, dominadora, porque ha de sonar en muchos oídos á la vez; sus facciones son correctísimas, pero pronunciadas, hechas para verse y gozarse de lejos. *(Amelia ríe.)* No sería usted. La Naturaleza supo lo que hizo construyéndola así, para ser amante feliz de un solo hombre, la hubiera creado más menudita de facciones, más débil de voz, más recogida de figura, para estremecerse en un gabinete al contacto de un beso, no para electrizarse sobre la escena al choque de un aplauso. La Naturaleza es un gran escultor. Casi siempre da á sus estatuas de carne proporciones justas al sitio que deben ocupar en la vida.

NAVEGACIÓN AÉREA

De tiempo en tiempo corre por la prensa la noticia de que el problema de la navegación aérea está totalmente resuelto en tal ó cual nación civilizada. Y luego los ensayos demuestran que aún falta algo por descubrir para que sean un hecho las ilusiones y las esperanzas.

El infatigable Santos Dumont acaba de sufrir un grave contratiempo que estuvo á punto de costarle la vida, pero esto no impide que la prensa francesa eche las campanas á vuelo con motivo de la nueva hazaña de Santos Dumont y de la obra de un ingeniero Mr. Levavaseur, inventor de un motor ligero de que está provisto el aeroplano del célebre brasileño.

Levavaseur inventó en 1902 un motor ligero que pesaba un kilo y medio por caballo de vapor, y que ha realizado esta profecía del coronel Renard: «El día en que la mecánica moderna haya conseguido crear un motor de tres kilogramos de peso por caballo de vapor, un aparato más pesado que el aire, movido por ese motor y tripulado por un hombre, se elevará en el espacio.»

Aquella alegría del cielo aquella indiferencia de la ciudad entristecieron profundamente á Daniel.

Pudo llorar más. Fué aquella una crisis saludable que despejó su cabeza. Permaneció en la ventana respirando el aire fresco, tratando de reflexionar sobre lo que iba á hacer.

Luego comprendió que nada razonable encontraría, y quiso distraerse con ocupaciones mecánicas. Cambió de sitio varios objetos, registró su baúl, sacó de allí efectos que luego volvió á meter. Su cabeza le hacía sufrir menos. Cuando vino la noche quedó más sorprendido. Había jurado que el día después sería apenas. Había que estar encerrado, viviendo su pensamiento fijo, y aquel largo día de sufrimiento le había parecido muy corto. Salió pronto á comer; luego quiso ver una vez más la señora de Rionne. No pudo entrar en la casa mortuoria. Entonces subió de nuevo á su cuarto y se durmió con un sueño pesado que le tuvo como aletargado hasta el día siguiente, muy tarde. Cuando despertó oyó un ligero murmullo de voces. Era el doctor que partía. Vistióse apresuradamente y bajó. En la escalera encontró el féretro, que cuatro hombres llevaban con trabajo, quejándose á cada tropezón.

Al salir hubo algún desorden en el boulevard. La multitud era bullanguera, el tiro se organizó lentamente.

modistas tímidos, que nos encontramos en las calles son á veces grandes poetas.

Burlado por sus camaradas, viviendo en una tensión de espíritu incesante, Daniel encerró sus tesoros en lo más profundo de su ser. Unicamente le era preciso amar en este mundo á la madre desconocida que velaba sobre él, y la amaba, con todo el ardor de las posesiones únicas. Al lado del matemático poeta, había en él un amante apasionado, un corazón tanto más ardiente en darse, cuanto que era desheredado.

Daniel, pues, había crecido en la adoración de la buena hada que tan dulce existencia le proporcionaba.

El misterio que la encubría hacíala para él más santa. Conocía su rostro por haberlo entrevisto dos ó tres veces, y hablaba de él como de una cosa maravillosa y sagrada.

Un día recién salido del liceo, dijéronle que la señora de Rionne le llamaba á París, junto á ella. Estuvo á punto de perder la cabeza. Podría ya contemplarla, darle las gracias, amarla sin trabas. El ensueño extravagante de su juventud se realizaba; la buena hada, la santa, la Providencia le admitía en el cielo en que vivía. Partió muy apresuradamente.

Llegó y encontró á la señora de Rionne en su lecho, moribunda. Durante ocho días, cada tarde ha-

CAM Caja Mediterráneo